Vivir y participar en la misa

Una guía para seguir la celebración
y descubrir su sentido



Escuchar. Celebrar. Dar gracias. Vivir.

Parroquia Ascensión del Señor
Seseña Nuevo

Llegar, reunirnos, comenzar

Traemos a Dios nuestra vida: lo que agradecemos, lo que nos preocupa y las personas que llevamos en el corazón.



Antes de empezar

Llega con un poco de tiempo. Guarda el móvil y busca un momento de silencio. No necesitas saberlo todo para empezar a participar.

De pie · La señal de la cruz

SACERDOTE En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

TODOS *Amén.*

El saludo

SACERDOTE El Señor esté con vosotros.

TODOS *Y con tu espíritu.*

El sacerdote puede emplear otro saludo; la respuesta es la misma.

¿Qué estamos haciendo?

Nos reunimos como Iglesia. La cruz recuerda que pertenecemos a Cristo; al nombrar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo confesamos nuestra fe. «Amén» expresa nuestra adhesión: así es, así lo creo.

Para rezar en silencio | *Señor, aquí estoy. Ayúdame a escuchar y a participar.*

Reconocer y acoger el perdón

Ante Dios podemos reconocer nuestra fragilidad sin escondernos.
Él nos llama a la conversión y nos ofrece su misericordia.



De pie · Acto penitencial

Esta es una de las fórmulas posibles.

TODOS | Yo confieso ante Dios todopoderoso
y ante vosotros, hermanos, que he
pecado mucho de pensamiento,
palabra, obra y omisión. Por mi culpa,
por mi culpa, por mi gran culpa.
Por eso ruego a santa María, siempre
Virgen, a los ángeles, a los santos
y a vosotros, hermanos, que intercedáis
por mí ante Dios, nuestro Señor.

Al decir «por mi culpa…», nos golpeamos el pecho. «Omisión» es el bien que dejamos de hacer.

SACERDOTE | Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

TODOS | **Amén.**

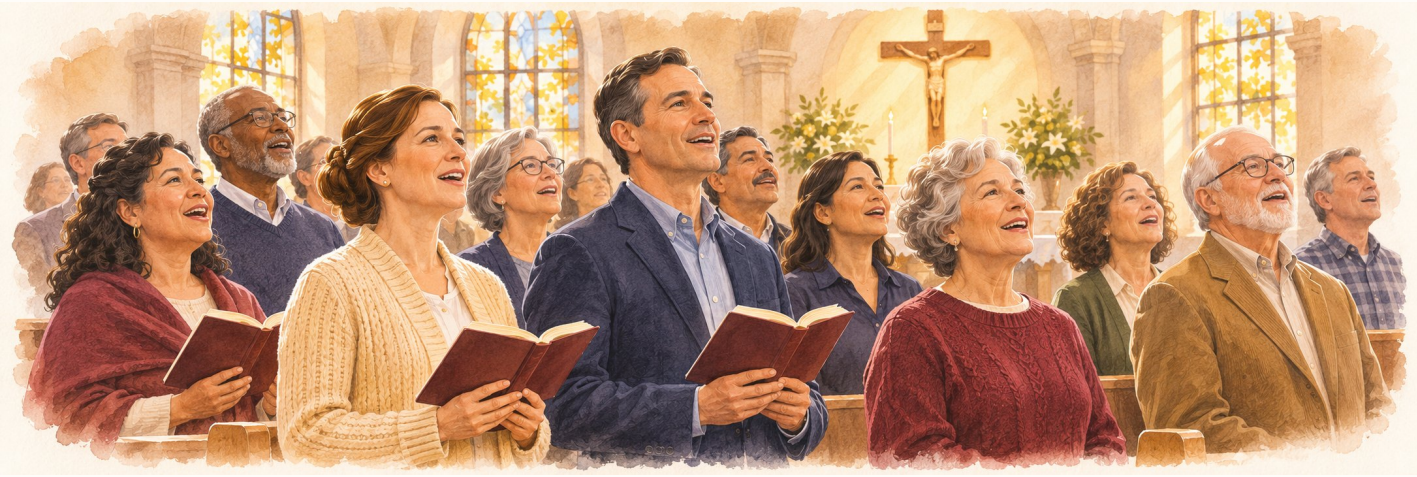
Señor, ten piedad

Cuando se rezan estas invocaciones, repetimos cada una:

Señor, ten piedad.
Cristo, ten piedad.
Señor, ten piedad.

El acto penitencial nos dispone para celebrar; no sustituye al sacramento de la Reconciliación.

Alabar y dar gracias



En el Gloria alabamos al Padre y a Jesucristo, en la unidad del Espíritu Santo. Nos unimos a la Iglesia para cantar la grandeza y la bondad de Dios.

TODOS De pie · Cantamos o recitamos el Gloria

ALABAMOS AL PADRE

Gloria a Dios en el cielo,
y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor.
Por tu inmensa gloria te alabamos,
te bendecimos, te adoramos,
te glorificamos, te damos gracias,
Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso.

NOS DIRIGIMOS A JESUCRISTO

Señor, Hijo único, Jesucristo.
Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre;
tú que quitas el pecado del mundo,
ten piedad de nosotros;
tú que quitas el pecado del mundo,
atiende nuestra súplica;
tú que estás sentado a la derecha del Padre,
ten piedad de nosotros;

CON EL ESPÍRITU SANTO, EN LA GLORIA DEL PADRE

porque solo tú eres Santo, solo tú Señor,
solo tú Altísimo, Jesucristo,
con el Espíritu Santo
en la gloria de Dios Padre. Amén.

Se canta o se recita los domingos, salvo en Adviento y Cuaresma; también en solemnidades y fiestas, y en algunas celebraciones especiales. Si se omite, pasamos a la oración colecta.

Un silencio que también es oración



Después del Gloria —o directamente después del acto penitencial— el sacerdote nos invita a orar.

SACERDOTE: *Oremos.*

Nos quedamos un momento en silencio

Es el momento de ponerte ante Dios y presentarle tu vida. Puedes dar gracias, pedir ayuda o confiarle a una persona. El silencio forma parte de la celebración.

Para rezar en silencio

Padre, recibe mi vida y la de quienes hoy necesitan esperanza. Enséñame a vivir como hijo tuyo.

La oración colecta

El sacerdote pronuncia una oración que expresa el sentido de la celebración. Su texto cambia según el día. Todos nos unimos escuchando con atención.

TODOS: *Amén.*

Un «Amén» consciente

Con esta respuesta hacemos nuestra la oración que el sacerdote ha dirigido a Dios en nombre de todos.

Nos sentamos para escuchar

Comienza la liturgia de la Palabra. Dios nos habla en las lecturas de la Sagrada Escritura.

Participar es escuchar, responder, cantar, guardar silencio y ofrecer la propia vida.

Dios nos habla: aprender a escuchar



En las lecturas de la Sagrada Escritura, Dios habla a su pueblo. Escuchamos para conocer a Jesús y dejar que su Palabra ilumine nuestra vida.

Sentados · Las lecturas

Los domingos y solemnidades escuchamos tres lecturas: la primera, la segunda y el Evangelio. La primera suele ser del Antiguo Testamento; en Pascua, de los Hechos de los Apóstoles. La segunda procede de los escritos apostólicos.

Al terminar cada lectura, antes del Evangelio

LECTOR: *Palabra de Dios.*

TODOS: ***Te alabamos, Señor.***

El salmo: respondemos a Dios

Después de la primera lectura, el salmista canta o recita el salmo. Repetimos la respuesta que propone. Esa respuesta cambia según el día: no hace falta aprenderla de memoria antes de venir.

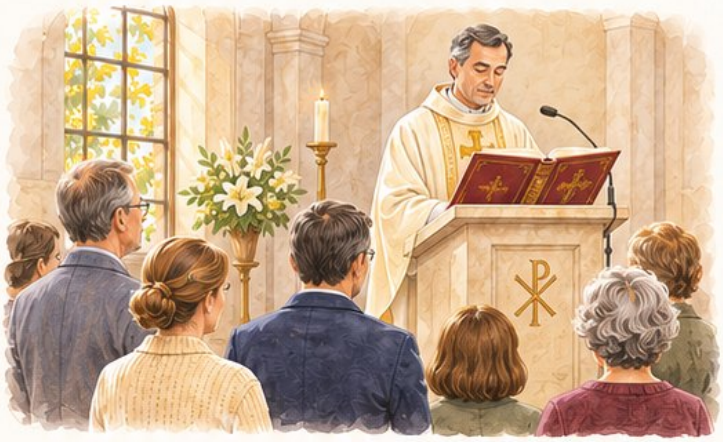
Escuchar con el corazón

Procura seguir lo que se proclama. Si una frase te toca, guárdala. Si algo no lo entiendes, podrás volver al texto después y comentarlo.

Para rezar en silencio

Señor, abre mi corazón para acoger tu Palabra.

Escuchar a Jesús y llevarlo a la vida



De pie · La aclamación

Cantamos el Aleluya para acoger al Señor que nos habla en el Evangelio. En Cuaresma se utiliza otra aclamación.

El Evangelio

SACERDOTE O DIÁCONO: *El Señor esté con vosotros.*

TODOS: ***Y con tu espíritu.***

SACERDOTE O DIÁCONO: *Lectura del santo Evangelio según san…*

TODOS: ***Gloria a ti, Señor.***

Hacemos una pequeña cruz en la frente, los labios y el pecho: deseamos comprender, anunciar y amar la Palabra.

Al terminar el Evangelio

SACERDOTE O DIÁCONO: *Palabra del Señor.*

TODOS: ***Gloria a ti, Señor Jesús.***

Sentados · La homilía

El sacerdote o el diácono explica la Palabra de Dios y nos ayuda a descubrir su relación con la fe y la vida. Después puede haber un breve silencio.



Una pregunta para el corazón

¿Qué me invita Jesús a cambiar, agradecer o poner en práctica?

Creo: la fe que compartimos



De pie · Los domingos y solemnidades profesamos juntos la fe de la Iglesia. Decir «creo» es responder a Dios y poner en él nuestra confianza.

TODOS · Credo niceno-constantinopolitano

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo, **y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre;** y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas.

Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

Al pronunciar las palabras destacadas, todos nos inclinamos. En Navidad y en la Anunciación del Señor, nos arrodillamos.

También puede emplearse el Símbolo de los Apóstoles. En algunas celebraciones la profesión de fe adopta la forma prevista por el rito.

Una oración que abraza al mundo



Después de escuchar la Palabra y profesar la fe, presentamos a Dios las necesidades de la Iglesia y del mundo. Ejercemos así nuestro sacerdocio bautismal: todos participamos en esta oración.

De pie · Oración de los fieles

El sacerdote introduce la oración. Un diácono, un lector u otro fiel anuncia las intenciones; todos nos unimos con la respuesta o con el silencio.



¿Por quién rezamos?

Por la Iglesia y sus pastores.

Por quienes gobiernan y por la salvación del mundo.

Por las personas que sufren cualquier dificultad.

Por nuestra comunidad.



La respuesta puede variar

Escucha la invitación. Una fórmula habitual es:

LECTOR: *Roguemos al Señor.*

TODOS: ***Te rogamos, óyenos.***

Pueden emplearse otras respuestas. Lo importante es unirnos de verdad a la petición.

El sacerdote concluye

Recoge las súplicas en una oración dirigida a Dios.

TODOS: *Amén.*

De la escucha a la entrega

Concluye la liturgia de la Palabra. Nos sentamos y comienza la preparación de los dones: pan y vino que serán el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

La oración ensancha el corazón y nos dispone a servir.

Presentar los dones y ofrecer la vida



Comienza la liturgia eucarística. Se prepara el altar y se presentan el pan y el vino. Con ellos llevamos al Señor nuestro trabajo, alegrías, dificultades y deseo de servir.

Sentados · El pan y el vino

SACERDOTE: *Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos: él será para nosotros pan de vida.*

TODOS: ***Bendito seas por siempre, Señor.***

SACERDOTE: *Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este vino, fruto de la vid y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos: él será para nosotros bebida de salvación.*

TODOS: ***Bendito seas por siempre, Señor.***

Si hay canto o el sacerdote dice estas oraciones en secreto, no se responde en voz alta.

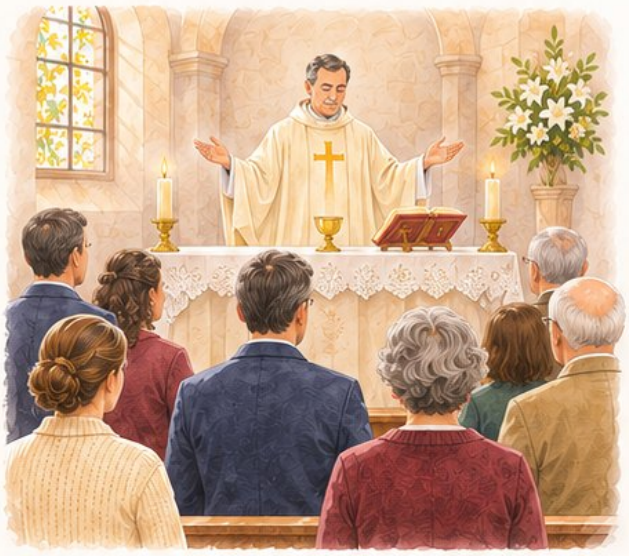
Nuestra entrega también cuenta

La colecta expresa la ayuda a los pobres y a las necesidades de la Iglesia.
El sacerdote añade agua al vino y se lava las manos: pide a Dios la purificación interior.

Para rezar en silencio

Señor, recibe lo que soy y enséñame a entregarme contigo.

Con el corazón levantado hacia Dios



De pie · La oración sobre las ofrendas

SACERDOTE: *Orad, hermanos, para que este sacrificio, mío y vuestro, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.*

TODOS: *El Señor reciba de tus manos este sacrificio, para alabanza y gloria de su nombre, para nuestro bien y el de toda su santa Iglesia.*

El sacerdote puede usar otra invitación. Al terminar la oración sobre las ofrendas, respondemos: ***Amén.***

Comienza la plegaria eucarística

SACERDOTE: *El Señor esté con vosotros.*

TODOS: ***Y con tu espíritu.***

SACERDOTE: *Levantemos el corazón.*

TODOS: ***Lo tenemos levantado hacia el Señor.***

SACERDOTE: *Demos gracias al Señor, nuestro Dios.*

TODOS: ***Es justo y necesario.***

El prefacio y el Santo

En el prefacio damos gracias al Padre por su obra de salvación. Su texto cambia según la celebración. Nos unimos a la alabanza de toda la Iglesia:

TODOS: ***Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo. Llenos están el cielo y la tierra de su gloria. Hosanna en el cielo. Bendito el que viene en nombre del Señor. Hosanna en el cielo.***

Por la fuerza del Espíritu Santo



La plegaria eucarística es la gran oración de acción de gracias y consagración. El sacerdote la dirige al Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo; nosotros nos unimos con atención, fe y las aclamaciones.

Invocamos al Espíritu Santo

El sacerdote extiende las manos sobre los dones y pide que el Espíritu Santo los santifique, para que sean el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Esta invocación se llama epíclesis.

Jesús se entrega por nosotros

El sacerdote recuerda la última Cena y pronuncia las palabras de Jesús sobre el pan:

SACERDOTE: *Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros.*

El sacerdote muestra la hostia consagrada y hace genuflexión. Adoramos a Cristo, realmente presente.



De rodillas · Adoración

Nos arrodillamos para la consagración, salvo impedimento de salud, espacio u otra causa razonable. Si permanecemos de pie, hacemos una inclinación profunda cuando el sacerdote hace genuflexión después de la consagración.

En la Eucaristía, Cristo mismo se nos da.

El cáliz de la nueva alianza



Después, el sacerdote toma el cáliz y pronuncia las palabras de Jesús. El Señor entrega su vida por nuestra salvación y nos introduce en su alianza de amor.

Escuchamos las palabras de Jesús

SACERDOTE: *Tomad y bebed todos de él, porque este es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por muchos para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía.*

El sacerdote muestra el cáliz y hace genuflexión. Adoramos al Señor, realmente presente bajo las especies del pan y del vino.

Aclamamos el misterio de la fe

Una de las fórmulas que podemos escuchar es:

SACERDOTE: *Este es el Misterio de la fe.*

TODOS: ***Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!***

Hay otras fórmulas aprobadas. Escucha la invitación y únete a la respuesta de la asamblea.

No solo un recuerdo del pasado

En la misa se hace presente sacramentalmente el único sacrificio de Cristo. Jesús, muerto y resucitado, nos une a su entrega al Padre.

Para rezar en silencio

Jesús, creo en tu presencia. Hazme vivir de tu amor.

Con Cristo, una ofrenda al Padre



La Iglesia celebra el memorial de la muerte y resurrección de Jesús y ofrece al Padre el sacrificio de su Hijo. Nosotros aprendemos a ofrecernos con él.

Escuchamos y nos unimos

Como ejemplo, seguimos estas palabras de la plegaria eucarística II. El sacerdote puede elegir otra plegaria.

SACERDOTE: *Así, pues, Padre, al celebrar ahora el memorial de la muerte y resurrección de tu Hijo, te ofrecemos el pan de vida y el cáliz de salvación, y te damos gracias porque nos haces dignos de servirte en tu presencia.*

Un solo cuerpo en Cristo

SACERDOTE: *Te pedimos humildemente que el Espíritu Santo congregue en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y la Sangre de Cristo.*



¿Cómo participo yo?

Escucho la oración y hago mía la entrega de Cristo. Pongo ante el Padre mi vida, mi deseo de conversión y mi disposición a amar. La comunión con Jesús nos llama a superar divisiones y cuidar a los demás.

Una pregunta para la vida

¿Qué paso concreto puedo dar para construir comunión?

Durante la plegaria eucarística seguimos la postura litúrgica de la comunidad, con recogimiento; las palabras del sacerdote no se recitan con él.

Toda la Iglesia en una misma oración



En la plegaria eucarística oramos por toda la Iglesia, por los vivos y por los difuntos, en comunión con la Virgen María y los santos.

Por la Iglesia

Estos textos pertenecen a la plegaria eucarística II. El sacerdote pronuncia los nombres del papa y del obispo del lugar.

SACERDOTE: *Acuérdate, Señor, de tu Iglesia extendida por toda la tierra; y con el papa N., con nuestro obispo N. y todos los pastores que cuidan de tu pueblo, llévala a su perfección por la caridad.*

Por los difuntos

SACERDOTE: *Acuérdate también de nuestros hermanos que durmieron en la esperanza de la resurrección, y de todos los que han muerto en tu misericordia; admítelos a contemplar la luz de tu rostro.*



Con María y todos los santos



SACERDOTE: *Ten misericordia de todos nosotros, y así, con María, la Virgen Madre de Dios, su esposo san José, los apóstoles y cuantos vivieron en tu amistad a través de los tiempos, merezcamos, por tu Hijo Jesucristo, compartir la vida eterna y cantar tus alabanzas.*

En determinados días o celebraciones se añaden o adaptan algunas intercesiones. Nos unimos a la oración que escuchamos.

Nuestra oración alcanza a quienes están cerca y a quienes ya descansan en Dios.

Un «Amén» con toda la vida



La plegaria eucarística culmina en una alabanza al Padre, por Cristo y en el Espíritu Santo. El sacerdote eleva la patena con la hostia y el cáliz.

Toda la gloria a Dios

SACERDOTE: *Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos.*

TODOS: ***Amén.***

Lo hacemos nuestro

Este «Amén» expresa nuestra adhesión a toda la plegaria eucarística. Nos unimos a la acción de gracias y a la ofrenda de Cristo. Lo respondemos o cantamos con fe.

Participar también es escuchar

No necesitamos repetir las palabras del sacerdote para participar. Escuchamos con atención, adoramos, respondemos en nuestros momentos y ofrecemos la propia vida con Jesús.

Nos preparamos para la comunión

Concluida la plegaria eucarística, comienza el rito de la comunión con el padrenuestro.

Que mi «Amén» del domingo se convierta en amor durante la semana.

Llamar Padre a Dios



Jesús nos enseña a dirigirnos a Dios como hijos. Al decir «Padre nuestro», reconocemos que somos hermanos y pedimos el pan, el perdón y la liberación del mal.

De pie · Rezamos juntos

El sacerdote introduce la oración. Todos rezamos:

TODOS:

Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

El sacerdote continúa

SACERDOTE:

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

TODOS:

Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria,
por siempre, Señor.

En la misa no añadimos «Amén» inmediatamente después del padrenuestro: escuchamos la oración del sacerdote y concluimos con esta aclamación.

Recibir y compartir su paz



La paz que pedimos es un don de Cristo. Antes de comulgar, la Iglesia suplica la paz y la unidad para ella y para toda la familia humana.

De pie · La oración por la paz

SACERDOTE: *Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles: «La paz os dejo, mi paz os doy», no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia y, conforme a tu palabra, concédele la paz y la unidad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.*

TODOS: *Amén.*

SACERDOTE: *La paz del Señor esté siempre con vosotros.*

TODOS: *Y con tu espíritu.*

Cuando se invita al gesto de la paz

SACERDOTE O DIÁCONO: *Daos fraternalmente la paz.*

Puede emplearse otra invitación.

Un gesto sencillo y verdadero

Ofrecemos la paz con sobriedad a quienes tenemos cerca, sin recorrer el templo. El gesto expresa comunión y caridad: nos reconocemos hermanos en Cristo.

Llevar la paz a la vida

Este signo nos compromete a buscar la reconciliación, cuidar nuestras palabras y dar pasos para superar los rencores.

¿Dónde puedo sembrar paz esta semana?

El Cordero de Dios nos invita



El sacerdote parte el pan consagrado. Este gesto recuerda que, siendo muchos, participamos de un mismo Pan de vida: Cristo, muerto y resucitado por nosotros.

De pie · Cordero de Dios

TODOS: ***Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros.***
Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros.
Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, danos la paz.

Se canta o se recita mientras se parte el pan. La invocación puede repetirse si es necesario; la última concluye con «danos la paz».

Jesús nos llama a su mesa

SACERDOTE: *Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la cena del Señor.*

TODOS: ***Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme.***

Humildad y confianza

Reconocemos que necesitamos al Señor y confiamos en su palabra. Comulgar es recibir al mismo Cristo, que viene a alimentarnos y a transformar nuestra vida.

Jesús se entrega por nosotros y nos invita a vivir unidos a él.

Recibir a Cristo con fe



En la comunión recibimos al mismo Jesucristo, realmente presente en la Eucaristía. Nos acercamos con fe, gratitud y respeto.



Preparar el corazón

La comunión supone la fe de la Iglesia y la preparación sacramental. Si tienes conciencia de pecado grave, acude antes al sacramento de la Reconciliación. Si estás retomando la fe o tienes dudas, habla con el sacerdote.

Guardamos al menos una hora de ayuno antes de comulgar; el agua y los medicamentos no lo rompen. Hay excepciones para las personas mayores, los enfermos y quienes los cuidan.

Al acercarte

Avanza con recogimiento y haz un gesto de reverencia. Cuando el ministro presenta la hostia, escucha y responde:

MINISTRO: *El Cuerpo de Cristo.*

COMULGANTE: *Amén.*

Recibir, no tomar por tu cuenta

Puedes recibir la comunión en la boca o, donde está permitido, en la mano. Si la recibes en la mano, presenta una palma sobre la otra y consume la hostia inmediatamente, delante del ministro. No te alejes llevándola.

Si hoy no vas a comulgar

Permanece en tu lugar y participa con la oración. Expresa a Jesús tu deseo de unión con él y pide que te ayude a seguir creciendo en la fe.

Mi «Amén» expresa mi fe: es Cristo quien viene a mí.

Quedarse y dar gracias



Después de comulgar, vuelve a tu sitio y permanece en oración. Es un tiempo para agradecer la presencia del Señor y dejar que su amor alcance tu vida.

El canto y el silencio

El canto de comunión expresa nuestra unión con Cristo y entre nosotros. Después puede haber un tiempo de silencio o un canto de alabanza. Nos unimos con recogimiento.

Para rezar en silencio

Gracias, Jesús, por venir a mi encuentro. Gracias por alimentarme con tu vida y sostenerme en mi camino. Cura lo que necesita cambiar en mí. Enséñame a reconocer a mis hermanos, a perdonar y a servir. Que tu presencia se note en mi manera de vivir. Amén.

De pie · La oración después de la comunión

SACERDOTE: *Oremos.*

El sacerdote pronuncia la oración propia del día. En ella pedimos que el sacramento recibido dé fruto en nuestra vida.

TODOS: *Amén.*

La celebración continúa

Permanecemos hasta la bendición y el envío. Hemos recibido a Cristo para llevar su amor a la familia, al trabajo y a quienes nos necesitan.

¿Qué gesto concreto de amor puede nacer hoy de mi comunión?

Recibir la bendición



Al terminar la celebración, recibimos la bendición de Dios. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo nos acompañan en la vida a la que regresamos.

De pie · El saludo

SACERDOTE: *El Señor esté con vosotros.*

TODOS: *Y con tu espíritu.*

La bendición

SACERDOTE: *La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.*

TODOS: *Amén.*

Nos hacemos la señal de la cruz mientras recibimos la bendición.

Cuando la bendición es solemne

En determinados días, se invita a inclinar la cabeza y se pronuncian varias invocaciones. Respondemos «Amén» a cada una y acogemos la bendición final.

Dios sale con nosotros

La bendición nos fortalece para vivir como discípulos de Jesús. La recibimos con confianza: también en las dificultades podemos contar con la gracia de Dios.

Para rezar en silencio

Señor, acompaña mis pasos y haz de mi vida una bendición para los demás.

Enviados a vivir el Evangelio



La despedida nos envía a dar testimonio de lo que hemos celebrado. Jesús nos reúne, nos alimenta y nos llama a llevar su amor a los demás.

De pie · El envío

SACERDOTE O DIÁCONO: *Podéis ir en paz.*

TODOS: *Demos gracias a Dios.*

Puede emplearse otra fórmula de despedida. En la octava de Pascua y en Pentecostés se añade «aleluya, aleluya» a la despedida y a la respuesta.

Dar gracias y ponerse en camino

Nuestra respuesta expresa gratitud por el encuentro con el Señor y disponibilidad para la misión. Volvemos a casa, al trabajo y a nuestras relaciones con el deseo de vivir el Evangelio.

La comunidad continúa

Los avisos parroquiales nos ayudan a conocer las celebraciones, la formación y las oportunidades de servicio. Podemos acercarnos al sacerdote, participar en un grupo o preguntar cómo colaborar.

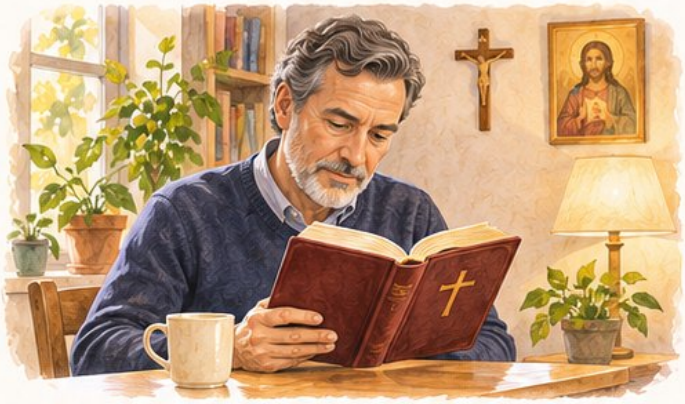
Un envío para todos

Cada bautizado tiene una misión. Una palabra que consuela, un trabajo honrado, un perdón ofrecido y la atención a quien está solo pueden mostrar el amor de Cristo.

He celebrado con la Iglesia;
ahora camino como discípulo de Jesús.

La Eucaristía y mi semana

Lo que celebramos el domingo está llamado a dar fruto cada día.
La Eucaristía nos une a Jesús y nos enseña su manera de amar.



Una Palabra que me acompaña

Guarda una frase de las lecturas o de la homilía. Vuelve a ella durante la semana y pregúntate qué ilumina de tu vida.



Una gratitud que puedo expresar

Reconoce un don recibido y da gracias a Dios. Agradece también a alguien su ayuda, su presencia o su trabajo.



Una entrega que se hace concreta

Elige un gesto posible: escuchar con tiempo, visitar a una persona, compartir lo que tienes o reparar una ofensa.



Una comunidad en la que crecer

La fe madura cuando la compartimos. Participa en la vida parroquial y busca espacios de oración, formación y servicio.

Para revisar mi semana

¿Qué me ha dicho el Señor?
¿Dónde he reconocido su presencia?
¿A quién he amado con hechos?

Oración personal

Jesús, que el amor que recibo de ti se convierta en amor compartido. Amén.

Una guía para orientarte

La misa es un único encuentro con Cristo: nos reúne, nos habla, se entrega por nosotros y nos envía.

1. Nos reunimos



Ritos iniciales · Nos ponemos ante Dios, pedimos su misericordia y nos unimos en la oración.

Páginas 1–4

2. Escuchamos



Liturgia de la Palabra · Escuchamos las lecturas, acogemos la homilía, profesamos la fe y oramos por todos.

Páginas 5–8

3. Celebramos y recibimos



Liturgia eucarística · Presentamos los dones, nos unimos a la plegaria eucarística y nos preparamos para recibir a Cristo en la comunión.

Páginas 9–20

4. Somos enviados



Ritos de conclusión · Recibimos la bendición y el envío para vivir el Evangelio durante la semana.

Páginas 21–23

Para participar con serenidad

Escucha. Responde. Canta. Guarda silencio. Sigue los gestos de la celebración.
Si te pierdes, retoma el momento en el que está la comunidad.

No hace falta saberlo todo para empezar; puedes crecer en la fe paso a paso.